



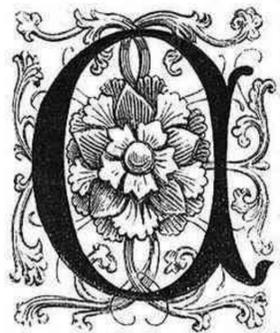
UM. 31.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 3 DE AGOSTO DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



sorprendentes descripciones se prestan los obsequios de que el sultan ha sido objeto en la corte de Inglaterra; obsequios equivalentes á otras tantas maravillas. No es menos digna de mencion la liberalidad del jefe del imperio otomano, que al salir del palacio de cristal, entregó 100,000 reales para los gastos de reparacion del depar-

tamento de plantas ecuatoriales, que se halla en mal estado á consecuencia de un incendio. Otras pruebas igualmente fastuosas de su largueza, dió á diferentes personas y establecimientos el emperador turco.

Los rumores de un próximo conflicto entre Francia y Prusia, lejos de acallarse, adquieren por momentos mayor consistencia, pues los armamentos terrestres y marítimos que en estos momentos se llevan á cabo de un extremo á otro de Europa, son por desgracia anuncios nada tranquilizadores.

Nuestros lectores recordarán lo mucho que se encareció la amnistía concedida á los polacos por el emperador de Rusia, no bien traspasó la frontera francesa, creyendo sin duda captarse con este rasgo de generosidad las simpatías del pueblo francés; pues bien: si hemos de dar asenso al *Debate*, diario de Viena, ninguno de los polacos comprendidos en la amnistía ha podido volver á su hogar.

Cunden por momentos los temores á que presta sobrado fundamento la actitud hostil en que respecto de Roma ha vuelto á colocarse el partido llamado de *accion*, en Italia. En efecto, la titulada *Junta nacional* ha publicado una proclama en la ciudad Eterna, escitando abierta y perentoriamente á la insurreccion á los romanos. Nada, pues, tiene de particular, en vista de lo que en Italia ocurre, que el cardenal Antonelli haya dirigido á los representantes del gobierno ponti-

ficio en las cuatro potencias católicas de Europa, una nota preguntándoles cuál seria la actitud en que se colocarian sus respectivas córtes, supuestos estos tres casos:

1.º Si se adquiriera la seguridad de que el gobierno italiano auxiliaba la revolucion á pesar de sus compromisos.

2.º Si la revolucion llegara hasta las puertas de Roma.

3.º Si llegase á estallar dentro de la misma Roma. Ignóranse los términos en que los diplomáticos han contestado á estas preguntas.

Como prueba de los progresos que en el vecino reino de Portugal han hecho, en un período de diez años, las comunicaciones epistolares, que tan estrechamente se enlazan con la prosperidad mercantil y el desarrollo de todas las relaciones sociales y de familia, diremos que en el citado espacio de tiempo la renta de correos ha tenido entre nuestros hermanos del Occidente el fabuloso aumento que se refleja en las siguientes cifras, que hacen inútil todo comentario:

En 1855 circularon en todo el reino 4.960,000 cartas; en 1859 ascendia ya este número á 6.522,000; y en 1865 circularon ya 9.223,000.

Una noticia que causará seguramente un verdadero júbilo á los amantes de la humanidad y de la civilizacion, en lo que estas palabras tienen de mas elevado y respetable, vamos á dar á nuestros lectores: el virey de Egipto, durante su estancia en Paris, ha prometido abolir la esclavitud y perseguir la trata que aun se ejerce en el Sur de sus Estados.

Una nueva complicacion se presenta hácia los ducados del Elba, origen en estos últimos años de tantos conflictos diplomáticos y sangrientas guerras. La *Gaceta nacional* de Berlin asegura que el gobierno francés ha enviado una nota al prusiano, reivindicando para Francia el derecho de intervenir en la cuestion del Sleswig.

No hay para qué encarecer el mal efecto que esta nota ha causado en la corte del rey Federico Guillermo. Baste decir que algunos periódicos prusianos califican ya de *inmixtion* este acto del emperador de los franceses.

Entre los hechos curiosos que hoy tenemos ocasion de consignar, es uno el regalo que el virey de Egipto ha hecho á la emperatriz Eugenia, de la propiedad del terreno sobre que está arraigado el árbol bajo el cual,

segun la tradicion, descansó la Virgen durante su huida á Egipto. S. A. ha entregado á la emperatriz una caja dentro de la cual hay un puñado de tierra procedente del suelo en que el árbol está plantado, un pedazo de corteza del mismo árbol y el *hodjet* ó titulo de propiedad.

Como prueba de lo fácil que es en Inglaterra reproducir y tal vez aventajar en materia de convites suntuosos al afamado Lúculo, mencionaremos, para edificacion y regocijo de nuestros gastrónomos, que entre las muestras de consideracion dispensadas en Lóndres al sultan Abdul-Aziz, figura, y no por cierto en último término, el banquete que le dió el lord corregidor, obsequio de que participaron tres mil personas. Mientras se sirvió la mesa los principales cantantes de la ópera recreaban los oidos de los obsequiados. La vajilla de oro que se empleó habia costado un millon de libras esterlinas, ó sea cerca de cien millones de reales, y el gasto de este convite ascendió á veinte mil libras esterlinas, ó dos millones de reales próximamente.

Positivamente creemos que pedir mas fuera imperdonable gollería.

Mas, para que se vea que si en el Reino-Unido son asombrosos los banquetes de los corregidores, asombrosos son tambien los casos de locura, diremos que acaba de publicarse en dicho país un estado del que resulta que el número de personas atacadas en él de enagenacion mental, á principios de este año, se eleva á la cifra de 49,092 ó sean 15,081 mas que en igual época, hace diez años. Los establecimientos preparados para los locos no pueden contener mas que las tres quintas partes de los existentes. Solo el 10 por 100 del número total ofrece alguna esperanza de alivio; las dos terceras partes están en un estado peligroso, y el resto permanece en un estado tranquilo.

En Austria ha sido aprobado un proyecto de ley en que se establece la libertad de cultos, siendo de notar que la votacion de la cámara de los diputados de Viena que ha producido este resultado, dió una estension considerable al pensamiento del gobierno, que se limitó á pedir la libertad de conciencia.

Un rasgo de generosidad acaba de hacer el emperador de los franceses, que demuestra la proteccion que á la literatura dispensa: el espresado soberano ha dispuesto abonar por su cuenta los gastos del funeral del célebre escritor dramático, Ponsard. Y puesto que de literatura hablamos, diremos tam-

bien que por disposición del emperador de Austria se va á hacer en Leipzig una colección completa de las obras del emperador Maximiliano; titularánse: *Asuntos de mi vida, Fragmentos de viajes, Aforismos, Poesías*. La colección se compondrá de siete tomos, de los cuales cuatro están ya dispuestos para imprimirse.

El terrible huésped del Ganges parece localizado hasta el día en Europa, en algunos puntos del interior, y del litoral de Italia y Africa; mas, por lo que respecta á América, seguía haciendo estragos en Buenos-Aires. La mayor parte de esta población había abandonado la ciudad, retirándose á los pueblos del interior San Nicolás y el Rosario, poco á poco iban quedando libres de aquella terrible epidemia. Montevideo no había sido invadido todavía; su puerto permanecía cerrado para los buques procedentes de Buenos-Aires y el Brasil.

No pondremos fin á esta revista sin mencionar un hecho de interés verdaderamente notable para nuestra patria: bajo el punto de vista agrícola: hablamos de la exposición de este género que acaba de verificarse en la capital de Navarra, que ha hecho formar muy ventajosa idea de lo importante de las producciones de la citada provincia, y del celo con que se atiende al fomento de sus riquezas naturales.

En la exposición de Pamplona se han presentado colecciones completas de granos de excelente calidad; vinos cuya brillantez y transparencia demostraban su esmerada fabricación; ricos aceites, llamados á sostener victoriosamente, en un plazo no lejano, la competencia que principian á hacer á los de Niza y Marsella, que gozan de tan justa reputación; una colección completa é interesante de plantas forrajeras; muestras escogidas de excelentes maderas; un número bastante considerable de ganados de todas clases; una colección interesante de aves de corral, y los instrumentos agrícolas de mas aplicación en el país.

Han obtenido los primeros premios la sociedad vinícola, el conde de Guendulain y don Juan Martiñona.

Y aquí ponemos fin á esta revista, omitiendo noticias de secundaria importancia, que solo contribuirían á aumentar sus dimensiones, sin ventaja alguna bajo el punto de vista de su interés ó amenidad.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

DIOS, EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD.

CAPITULO PRIMERO.

DEBERES RELIGIOSOS.

I.

Obra la mas perfecta del Criador, compendio de su gloria, reflejo de su grandeza y su bondad infinitas, el hombre resume, por decirlo así, todas las maravillas de la Creación. Dotado de una inteligencia que le permite abarcar la extensión del Universo, medir las distancias que separan los astros, calcular sus movimientos y precisar el tiempo de sus revoluciones y múltiples eclipses; dotado de la razón, que le diferencia esencialmente de los demás seres sensibles que pueblan los dilatados ámbitos de la tierra, y de un espíritu de observación con cuyo poderoso auxilio imprime el sello del método, ó lo que es lo mismo, el elevado carácter científico á la suma de hechos que logra atesorar, y de los experimentos á que se entrega, á impulso de su innato deseo de instruirse y perfeccionarse; el hombre, decimos, al descender, si tal frase nos es permitida, del firmamento, para consagrarse al estudio del magnífico planeta que la Divina Sabiduría le dió por morada, sondea la profundidad de los mares, penetra en las mas recónditas cavernas, se traslada en un frágil leño y sobre las impetuosas alas del vapor, de uno al otro confin del globo, traspone las mas enhiestas montañas, vadea los mas caudalosos rios, confía la trasmisión de su pensamiento y su palabra al fuego que da al rayo su potencia y su resplandor, y lleva por donde quiera, con las señales de su dominio, las pruebas irrecusables de la escelsitud de su origen, que por do quiera le presentan como el sér formado á imagen y semejanza de Dios.

Pero si el hombre ha sido tan ricamente dotado con los dones de la inteligencia, y si la razón pone en sus manos el cetro del Universo, ha recibido además mercedes de no menor valía, que si mucho le enaltecen, á mucho en cambio le obligan. Su corazón es accesible á todos los sentimientos afectuosos; es capaz de conmoverse á impulsos de la ternura, de apasionarse por el bien, de interesarse por la virtud; es capaz, en fin, de agradecer y amar.

El hombre es, por consiguiente, entre todos los seres de la Creación el que mejor puede comprender al Creador; y esta mas alta y mas extensa noción que de El puede formarse, á mayor gratitud debe moverle, á mas íntimo amor debe inducirle. Manifestación brillante de la gloria de Dios en el mundo visible, está obligado á sostener dignamente esta representación

augusta, á no mancharse con el cieno de innobles pasiones, á no estraviarse en la noche pavorosa de los vicios, á no descender de las radiantes regiones de la verdad y del bien; de la verdad, para cuya prosecución ha puesto Dios en su espíritu tantos y tan eficaces recursos; del bien, para cuya práctica ha enriquecido su corazón con las fibras mas delicadas del sentimiento y de la ternura.

Esta munificencia de Dios para con el hombre, impone á éste grandes é ineludibles deberes respecto de Aquel. La religión, lazo sagrado por cuyo poderoso medio el sér racional, el sér inteligente, dotado de la conciencia de sí mismo, y responsable por lo tanto de sus acciones, se pone en comunicación directa con la Divinidad; la religión tiene un objeto eminentemente práctico, eminentemente saludable: de otro modo sería una palabra escrita en el vacío, un geroglífico indecifrado, un eco perdido en el espacio, que ninguna trascendental ó luminosa idea dejaría grabada en la mente humana. La religión es en el orden moral lo que en el orden físico el astro del día; la fuente de toda luz; el origen del calor y de la vida; el foco inextinguible de la fecundidad; el depósito sagrado de toda semilla en que se entraña la salud y la existencia de la humanidad, al través de los siglos.

Suprimid el sol, y el mundo material caerá de nuevo en el primitivo caos; suprimid la religión, y el mundo espiritual se abismará en las glaciales tinieblas de la ignorancia y del crimen.

Estinguido el faro protector, la noche se presenta mas pavorosa al navegante; las olas bramán en torno de su nave con redoblado furor; el cielo parece encapotarse en mas impenetrable manto; la costa, que la aterrada imaginación eriza de escollos homicidas, aparece á mayor y mas entristecedora distancia, y el pobre marino, sin fe en su brújula, presa del desaliento, se juzga próximo á una muerte segura en medio de la inmensidad.

Estinguida la antorcha de la religión, el hombre ignora su camino y vaga al azar, azotado por la asoladora tormenta de sus pasiones, en las que, perdida la nobleza de que las revisten la verdad y la virtud, sólo queda la bastarda levadura de los móviles egoístas y groseros; pierde la noción salvadora de sus deberes; tórnase esclavo abyecto de la materia; rinde culto afrentoso al vicio, y adora envilecido las deslumbradoras fascinaciones de la mentira, hasta que borrado al fin por completo de su frente el sello de dignidad que plugo á Dios grabar en ella, al formarle, de error en error, de delirio en delirio, ó acaso de maldad en maldad, llega á desconocer su misión en esta vida y sus ulteriores destinos, heraldo desleal de una grandeza profanada.

He aquí lo que es la religión, y lo que sin ella sería el hombre: veamos ahora los deberes que mas inmediatamente impone al que aspira á ser digno por sus obras, de su alto origen.

II.

Colmado el hombre de favores ha sido por la bondad del Supremo Hacedor, que ha querido hacerle depositario de una parte de su magestad, como para darle un testimonio inequívoco de su amor y su omnipotencia. ¿Cuales, pues, pudieran ser los deberes del hombre en sus relaciones con Dios, sino los que en primer término se desprenden, por decirlo así, de su misma privilegiada organización; esto es, los deberes impuestos por el agradecimiento y el respeto? El hombre es además capaz de admiración, y de dar forma y cuerpo á todas las sensaciones que ese sentimiento, inherente al raciocinio, despierta en su mente. Adorar á Dios en espíritu y en verdad, según la magnífica frase de los Libros Santos, amarle sobre todas las cosas, reconocer en El el autor de todo lo creado, observar sus preceptos, con indelebles caracteres escritos en el fondo de nuestra conciencia; bendecirle en las prosperidades, bendecirle en los infortunios, bendecirle siempre; invocarle cuando desfallecemos, víctimas de la agena injusticia ó de nuestra propia locura; invocarle cuando la fortuna, amiga pérfida, parece postrarse vencida á nuestros pies; buscarle en la juventud risueña, y en la ancianidad, madre de la tribulación y el desconsuelo; en el placer y en el dolor, en todos lugares y ocasiones; no dejarse arrastrar por el orgullo en las horas felices, ni abandonarse á un desaliento cobarde en los días de la prueba y la adversidad, sino referirlo todo al que es árbitro supremo de la alegría y la tristeza: he aquí los principales deberes del hombre para con Dios.

III.

Pasajero es el reinado del bien, y pasajera asimismo la tiranía del mal: nada subsiste, nada contiene en sí mismo la duración y la fuerza: sólo Dios es inmutable, sólo Dios es eterno. Los siglos se deslizan á sus plantas, impelidos por su mano como las arenas del desierto azotadas por la tempestad; los imperios vacilan, y semejantes á las ramas secas del árbol que agotada su savia, no tiene ya destino que cumplir en la naturaleza, ceden al peso de su propia esterilidad, y cubren la tierra, entregada á profunda tristeza; las generaciones suceden en arrebatado torbellino á las

generaciones; de sus delirios sólo queda un confuso recuerdo, de sus mas preciados monumentos, polvo, de su vanidad, nada. ¡Sólo Dios es inmutable, sólo Dios es eterno!

¿Por qué desfallecer ante contratiempos transitorios? ¿Por qué ensoberbecerse ante efímeras prosperidades? Es preciso acostumbrarse á vislumbrar entre las sombras de los primeros, cercana la suerte propicia, y á vislumbrar al través del esplendoroso prístino de las segundas, los desgarradores desengaños y las espavorosas catástrofes. ¿Somos por ventura nosotros los que fijamos la duración de los bienes y los males? ¿Podemos acaso añadir un sólo instante al plazo señalado á los primeros, ó suprimir un sólo instante del señalado á los segundos?

Esa medida está únicamente en manos de Dios; y este convencimiento debe inspirarnos fortaleza, si padecemos, y hacernos prudentes y previsores, si gozamos. El que puede con una sola mirada secar el manantial, y hacer brotar la corriente cristalina del fondo del áspero peñasco; el que sabe enviar el sol después de la tormenta; suspender la lluvia y trocarla en rocío, imponer silencio al trueno, apagar con su soplo el rayo, rasgar la nube siniestra, y rota, esparcirla por los ámbitos inconmensurables del cielo; el que doma los océanos enfurecidos, refrena los vientos asoladores, y dibuja en el firmamento aun estremecido, el arco colosal y maravilloso del iris, asombro del hombre y gala encantadora de la Naturaleza; el que manda á la flor que dilate segura sobre tallos erizados de espinas sus mágicos pétalos y sus tímidas hojas, que una gota de rocío inclina al suelo; el que libra al pajarillo y á sus pequeñuelos, cuando el bosque desaparece barrido por el fuego del cielo, ó por el huracán rugiente; el que protege al insecto imperceptible cuando el río se desborda, y tronando, émulo por un momento, del mar, invade sus márgenes y anega la distante campiña y la comarca que mas segura se creía del estrago; el que esto puede, el que esto hace á todas horas, en todas las regiones y en todos los climas, ¿no podrá, no sabrá cambiar de improviso, con profunda sorpresa vuestra, cuando menos lo esperéis, vuestra aflicción en regocijo, en paz vuestra inquietud, en consuelo vuestra amargura, en dulces realidades vuestras lícitas esperanzas?

¡Sí! Todo esto puede, y todo esto debéis esperar de El. Esperadlo, pues, con fe viva y perseverante. Ni la perspectiva del bien os fascine, ni la del mal os infunda espanto, porque no es cierto, por fortuna, que las horas del primero sean largas, y breves las del segundo. El tiempo vuela para todos con igual rapidez: sobre el albergue de la pobreza y la enfermedad, y sobre el alcázar en que se anidan la riqueza y el fausto; sobre el asilo del dolor, y sobre la mansión del poderío. Hé aquí por qué el infeliz debe esperar, y por qué el dichoso debe precaverse.

Lo cenagoso ó lo límpido de las aguas en nada influye en la rapidez ó la lentitud con que se deslizan por el trazado cauce. Ora reflejando la luz del cielo y reproduciendo amables las florecillas que bordan sus márgenes, ora cubriendo éstas de bancos de inmundito lodo, igualmente veloces ó tardías corren hácia el abismo en que se sepultan. Río misterioso es el tiempo, que empuja la humanidad hácia los sombríos golfos de la muerte. Ni se precipita ni se retrasa, porque ocultas en sus invisibles alas viajen sobre el mundo las delicias ó las calamidades.

Así para consuelo del que llora; así para lección al que rié desvanecido en un momento de falso placer, lo dispuso, equitativa siempre, y siempre sabiamente reguladora, la Providencia divina.

(Se continuará.)

MANUEL MARÍA FLAMANT.

ESPOSICION UNIVERSAL.

LA GRUTA DE SAL DE PRUSIA.

En la sección de productos minerales de Prusia, en la Exposición de París, escita en alto grado la curiosidad del público una gruta de sal con la inscripción: «Productos de sal, de Prusia.» Los pedazos que forman esta gruta proceden de la mina de Staszfurt cerca de Magdeburgo, que de poco tiempo acá ha adquirido mucha fama. El filon de esta mina se descubrió en el año 1843, después de cinco años de trabajos. Las numerosas venas de sal al Norte y al Sur del Harz en Halle, Artern, Frankenhäusen, Schönebeck, Staszfurt y otros puntos, como tambien las condiciones geognósticas de esta comarca habian hecho suponer hacia mucho tiempo la existencia de grandes depósitos de sal; los mismos resultados se han obtenido cerca de Leopoldshall, en Anhalt, próximo á Staszfurt; estos trabajos se hicieron exclusivamente con el objeto de reconocer el terreno, y por consiguiente el descubrimiento no es obra de la casualidad, sino un triunfo de la ciencia.

En 1851 se empezó á abrir un pozo en Staszfurt, y en el 1857, el laboreo de la mina se hizo ya en mayor escala. En el día tiene 1,200 pies de trabajos; el terreno que la rodea es todo de asperón.

El filon mismo no forma una masa igual, sino que está dividido en cuatro secciones; los 135 pies superiores son una mezcla de magnesia amarga y sal como potasa y sal gemma; luego siguen 180 pies de sal gemma con otras diferentes, sobre todo con sulfato de magnesia; los 200 pies siguientes están compuestos de sal gemma mezclada con distintas sales y magnesia.

En la parte mas profunda se encuentran 685 pies de sal gemma pura, atravesados por ligeras venas de anhydrita; la estension de esta capa no se ha medido, pues no se ha llegado aun á su fin, y por lo tanto, mucho menos se puede asegurar nada con certeza en cuanto á la estension total del filon.

Las capas superiores se consideraron en un principio como de ningun valor; pero despues se ha visto que podian aplicarse con buen éxito á diferentes objetos químicos.

Las sales de base de potasa, son para las plantas un alimento tan indispensable como el ácido fosfórico, cuya necesidad se satisface ahora por el empleo de fosforita y coprolitha.

Desde hace muy pocos años se han establecido hasta diez y ocho fábricas que se dedican á purificar y trabajar las sales, y desde entonces el objeto principal de los establecimientos de Staszfurt y Leopoldshall es la produccion de todas ellas. La combinacion de toda la capa mineral, como el órden en que se hallan dispuestas sus diferentes partes constitutivas, parecen indicar de un modo indudable que toda esta capa se ha formado por la completa desecacion de un mar que acaso existió allí en otro tiempo. En las gradas de dicha gruta se hallan espuestos á la vista del público diferentes ejemplares muy hermosos de los minerales formados en este punto; la mayor parte de ellos son de mucha importancia para la industria.

El modelo de cristal colocado al lado de la gruta, cuyo grabado es adjunto, y que representa el campo de Staszfurt, da una idea exacta de las condiciones del terreno.

LAS CASAS PARA LAS CLASES OBRERAS.

Es una verdad evidente en el dia que una gran parte de las enfermedades que en ciertos puntos afligen á la clase trabajadora se debe á las malas condiciones de las casas que habita y á veces tambien al número demasiado grande de individuos que se reúnen en un local pequeño. Considerando la vasta estension del mal, que está probado que puede corregirse construyendo casas que reúnan las condiciones higiénicas necesarias, debemos confesar con dolor que la Exposicion de París no presenta mas que pruebas de un interés accidental, por decirlo así, por tan importante objeto, y que las casas-modelos levantadas dentro del recinto de la misma, si se exceptúa una sola de ellas, no manifiestan ningun adelanto en su parte principal, ni ninguna mejora notable en su construccion sobre las que el buen juicio del príncipe Alberto de Inglaterra presentó en los modelos que hizo que se adoptaran en la Exposicion universal de Londres de 1851. Desde entonces se ha prestado mas atencion á tan importante objeto, y Francia, que en la Exposicion de 1856 no tuvo ningun modelo de casas, tiene seis en la actual, y Prusia y Austria tienen cada una uno. Inglaterra no tiene mas que planos y modelos que no ofrecen ningun mérito ni novedad especial.

El ejemplo principal de las casas-modelos dentro de la Exposicion, es un tipo de las nuevas casas de las clases trabajadoras de una nueva ciudad obrera construida en comunicacion con las manufacturas de Mulhouse.

Los individuos mas distinguidos de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia han dirigido su atencion á las manifestaciones de miseria y de enfermedades que han coincidido con el aumento y la estension de las fábricas en sus principales ciudades. El difunto doctor Villerme, del Instituto, examinó la condicion de las clases trabajadoras en las ciudades manufactureras, é hizo una pintura terrible de la embriaguez, de la miseria y de la degradacion fisica y moral en que halló á las clases trabajadoras de las nuevas fábricas, hacinadas en habitaciones viejas y mal acondicionadas. La Academia entonces nombró á otro de sus distinguidos individuos, á Mr. Reybaud, para continuar y extender estas investigaciones, y éste dió algunos informes notables acerca de los progresos de las manufacturas de algodón, lana y seda. Mr. Julio Simon, tambien del Instituto, se ha dedicado igualmente á examinar la condicion de la clase trabajadora, y ha publicado el resultado de sus investigaciones en dos obras notables. Mr. Eugenio Veron ha publicado en una obra titulada «Las instituciones obreras de Mulhouse y de sus cercanías» un exámen de los resultados económicos y sociales que han dado los esfuerzos hechos hasta el dia en esta cuestion. En esta obra se hallan narraciones interesantes de las largas luchas sostenidas por personas benévolas é ilustradas contra la miseria y la ignorancia, y en ellas se ve claramente que los resultados que han dado las medidas dictadas por la caridad para alivio de la miseria, han

sido muy inferiores á los producidos por las disposiciones adoptadas bajo la sabia direccion de Mr. Dolfus que comprendió que se debía combatir el aumento progresivo del mal mejorando las habitaciones de la clase trabajadora. Mr. Dolfus confesó desde luego que la primera idea que tuvo de esta mejora en las casas de la clase trabajadora se la debió á los modelos presentados en la Exposicion de Londres de 1851 por el príncipe Alberto de Inglaterra.

El emperador Napoleon siempre ha cuidado mas que ningun partido político del bienestar de la clase trabajadora y ha deseado mejorar su condicion fisica y moral. En 1849 se levantó bajo su direccion como presidente de la república, una ciudad, por decirlo así, ó un barrio de trabajadores en la calle de Rohecourt, Poco despues, por decretos del 22 de enero y marzo de 1852 se consignó una cantidad de diez millones de francos para mejoras de las habitaciones de los trabajadores en las grandes ciudades manufactureras, de los que Mulhouse sacó algun auxilio. El barrio que se habia hecho en París para los trabajadores, aunque llenó su objeto con respecto á la economía, su construccion está mal dirigida y es desagradable, porque tiene el aspecto de una caserna; no tiene la completa independencia de las habitaciones que se ve en las casas de miss Burdett Coutts y de Mr. Peabody en Londres y de otras construcciones recientes de Inglaterra.

Los trabajadores de París se negaban á habitar en casernas. El resultado de estos esfuerzos ha sido retardar el progreso, porque donde es necesario para las clases trabajadoras en las ciudades manufactureras estar cerca de su obrador, es necesario tambien como consecuencia construir lo que Mr. Chadwick llama calles perpendiculares para evitar lo que cuestan la calles horizontales y tambien para hacer algo en poco espacio, donde el mucho espacio no puede obtenerse á cualquier precio. Además, en las construcciones hechas por barrios, hay varias economías y ventajas colectivas, fuera de las que se obtienen en las casas que están separadas, como por ejemplo, lavaderos comunes, tenderos, baños, almacenes comunes, etcétera, etc.; y un porvenir mejor en cuanto al suministro de agua, el temple, la luz y la ventilacion. Además, los informes obtenidos respecto á los que viven en casas aisladas ó en arrabales muy apartados de los talleres y que tienen que servirse para el tránsito, del ferro-carril puesto á precio muy bajo para la clase obrera, no son completamente favorables. Las mujeres encuentran caro el estar á mucha distancia de los mercados y tiendas de la ciudad, y los hombres se quejan de que despues de un dia de trabajo rudo, les causa una impresion muy desagradable y tal vez perjudicial el movimiento que sienten en los wagones, y en general despues de una semana de servirse del ferro-carril para el trayecto, tienen mucho cansancio y no van con tanto vigor como antes á su trabajo.

El emperador Napoleon, en su constante interés por la mejora de las habitaciones de la clase trabajadora mandó que se construyeran algunas casas para los obreros, las que se levantaron en efecto en la Avenue de la Bourdonaye, en el campo de Marte, no lejos del edificio de la Exposicion. Ultimamente ha mandado construir otras cuarenta mas en la Avenue Dumesnil cerca del bosque de Vincennes, y de las que damos una muestra en nuestro grabado.

Una persona que recientemente ha visitado estas casas en compañía de algunos individuos del jurado internacional, deseó que éstos preguntaran á las mujeres que habitaban las casas cuál era su opinion acerca de ellas; aunque consultadas separadamente, todas fueron unánimes en manifestar cuán disgustadas estaban de la disposicion interior que el emperador habia hecho dar á las habitaciones. Han colocado la sala y la alcoba en el frente, y se quejaban de amargura de tener que atravesar siempre la alcoba para ir á la cocina en donde en realidad tienen su ocupacion principal. El error viene tal vez de haber seguido la distribucion de las casas inglesas, en las cuales el fregadero está colocado en la parte de detrás de la casa, porque las familias pobres y artesanas de Inglaterra hacen su comida en la sala, en el fuego que tienen para caldear la habitacion.

Los obreros asociados de París manifestaron humildemente que reconocian la capacidad del emperador para decidir las cuestiones de política y de gobierno de los Estados, pero que se atrevian á decir que ellos entendian mejor que él dónde debía estar su cocina y las habitaciones en que tenían que vivir, y declararon que si tuvieran dinero harian ver qué era lo que mas les convenia. El emperador les contestó con la mayor benignidad que tendrian el dinero necesario para que manifestasen qué distribucion era la mejor para ellos, y les concedió 20.000 francos para la prueba, cuyo primer resultado fue la casa-modelo que se halla al lado de la de Mulhouse, dentro de la Exposicion. Nuestro grabado representa la elevacion de la casa, la que los obreros se jactan de haber edificado ellos mismos «*sin arquitecto y sin empresario.*»

En general, esta casa, bien examinada, ha tenido un gran éxito. La sala y la alcoba tienen alguna ventilacion, aunque tal vez no toda la necesaria; pero el hue-

co para las ventanas es ancho. El espacio para la escalera es capaz y con la puerta del frente servirá para ventilacion y contribuirá á hacer toda la casa mas sana y de una ventilacion superior. La fachada es alegre y de buen gusto, y el empapelado y adorno interior es superior en realidad á todos los que se ven en las habitaciones de los trabajadores en Inglaterra. Partiendo del principio de que los inquilinos de las casas-modelos de París, como tambien los ingleses, son en su mayor parte de la clase principal de los trabajadores, se echa de ver desde luego que los adornos, los grandes espejos y el gusto de los papeles, es todo mucho mejor que lo que se halla en las habitaciones de igual clase en Inglaterra. Esta diferencia se advierte mucho mas en una nueva serie de casas-modelos levantada por encargo de Madame Jouffroy Renault en la calle de Cailloux de París.

Como hemos dicho, los trabajadores se negaban á que les pusieran en casernas, segun su propia expresion, y en esto influa un sentimiento de repugnancia que sentian al verse separados de las demás clases de la sociedad. Esta misma repugnancia tienen los trabajadores en Inglaterra, y casi nos atrevemos á decir que es un sentimiento justo. Una ciudad ó barrio obrero exclusivamente, no es bueno para ellos. Las mujeres prefieren tener vecinos de clase mas elevada, en vez de que todos sean de clase igual ó inferior, y ver los trajes que usan las señoras y los niños que viven en otra esfera de la sociedad. Se ha observado que la parte baja de las habitaciones de los obreros en París, se cuenta como tiendas. Es de suponer que esto se hace con el fin de que las clases pobres é inferiores se asocien con las clases mas acomodadas, como los tenderos.

El coste total de una de las casas de trabajadores en Mulhouse es 3.000 francos; en París, aunque la construccion se hace procurando la mayor economía, no puede llegarse nunca á tenerlas por un precio tan bajo.

El ejemplo que Mr. Dolfus ha dado, construyendo estas casas en Mulhouse, lo han seguido ya en algunos otros puntos de Francia. El coste total, como hemos dicho, es de 3.000 francos; la casa, cuando ya está terminada y habitable, se entrega al trabajador, que paga en el acto 250 ó 300 francos, y satisface el resto en catorce ó quince años por pagos que hace todos los años, de una parte del capital y de los intereses correspondientes á esta parte.

M.

EL SULTAN DE LOS TURCOS.

Su magestad imperial Abdul-Aziz Kan, jefe de los creyentes y sultan de los turcos otomanos, es el trigésimosegundo soberano de la raza de Othman, jefe de los tártaros ogusios y fundador del imperio turco; es el vigésimosesto sultan desde que Mahomet II tomó á Constantinopla é hizo de ella la capital de sus dominios. Hijo segundo del sultan Mahmoud, esterminador de los genizaros y hermano del último sultan Abdul Medjid, nació en el mes de febrero de 1830, en el año 1245 de la egira, y subió al trono en junio de 1861. Abdul Medjid habia dejado varios hijos, pero las leyes de Turquía ordenan que á un sultan le suceda su hermano antes que sus hijos. Hasta la muerte de su hermano, Abdul-Aziz fue poco conocido personalmente, habiéndose visto obligado á vivir en el mas completo retiro durante el reinado de Abdul Medjid, pero se dice que se dedicó con mucho interés á la agricultura, y estableció una granja-modelo á orillas del Bósforo. El principio de su reinado se indicó por algunas reformas importantes en la administracion y en la Hacienda. Conservó en sus puestos á todos los ministros del difunto sultan, excepto á uno, al que mandó prender por acusársele de malversacion de fondos; redujo su lista civil á una quinta parte de lo que era en tiempo de su hermano; confirmó el hatti-scherif de Gulhané, que está considerado como una especie de constitucion del imperio otomano; prometió que habria igualdad entre todos sus súbditos, tanto musulmanes como de otras religiones; recomendó el órden y la economía, de la cual dió él mismo el ejemplo; abolió los *caimés* ó papel moneda que estaba despreciado é hizo que volviera á circular el metálico. Visitó en persona los establecimientos públicos y arregló todo lo que tenia relacion con ellos; reformó la administracion de justicia, y quitó el serrallo, dejando en el palacio solamente á las sultanas madres de los príncipes. Colocó á sus sobrinos en el servicio militar, é hizo pachá al mayor, en vez de seguir la costumbre de la corte turca que condena á todos los presuntos herederos de la corona á la mas absoluta separacion, por temor de que quieran anticipar el momento de la sucesion legal. Su propio hijo, que no tenia entonces mas que cuatro años, habia sido criado en secreto como príncipe, aunque con el consentimiento de Abdul-Medjid. El actual sultan, entre otros actos, ha decretado la venta de los *vakufs* ó bienes de manos muertas, pertenecientes á las corporaciones religiosas que durante mucho tiempo habian sido improductivos y ruinosos. Ha concedido un cierto grado de indepen-

dencia á los príncipes tributarios de su imperio, al hospodar de las provincias del Danubio, la Valaquia y la Moldavia, ahora unidas y llamadas Rumania, al vi-rey de Egipto, al bey de Tunez, al príncipe de Mon-tenegro y al príncipe de Servia. El trato que se dá á los cristianos extranjeros que habitan en Turquía, es mucho mejor que antes; en la actualidad se les per-mite comprar tierras en todo el imperio, excepto en la provincia de Hedjaz, bajo las mismas condiciones que á los turcos. Sin embargo, los que por nacimiento

son turcos, pero han tomado otra nacionalidad, están escludidos de este privilegio. Los cristianos que adque-ran fincas con arreglo á las nuevas leyes, estarán su-jetos á todas las cargas que impone el código turco á los propietarios de inmuebles.

El retrato que damos en este número es un graba-do tomado de una fotografía hecha por los hermanos Abdullah de Pera, en Constantinopla.

En su reciente viaje á París y á Lóndres, el Sultan ha ido acompañado de su hijo Youssouf Izzedin, de edad

de diez años; de su sobrino Mohamed Meerat, de edad de veintisiete años, hijo del difunto sultan Abdul Med-jid, y en la actualidad heredero presunto del trono, y de otro sobrino llamado Abdul-Ahmed, dos años mas jóven. Además acompañan al sultan, Fuad Pachá, mi-nistro de Negocios Extranjeros de Turquía; Kiamil Bey, gran maestre de ceremonias; Djemil Bey, primer gen-tilhombre; Kalid Bey, segundo gentilhombre; Marco Pachá, su médico principal; Clarifi Bey, primer intér-pretre del Divan y otros varios secretarios y gentiles-

ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.



LA GRUTA DE SAL DE PRUSIA.

hombres, oficiales de la guardia imperial, y un número de empleados civiles y militares, agregados al servicio personal del sultan y de los tres príncipes imperiales.

JUAN RODRIGUEZ DEL PADRON.

(CONTINUACION.)

«El la tomó las manos y se las besó agradecido, diciéndole ella que hasta lo concertado no podía mas hablalle, y él le diese la joya, y que la noche del día que la conociese lo esperaría á la hora que solia para ver si le habia descontentado; tornaron á abrazarse de nuevo, y él, no hallándose con joya ninguna, le dió una cinta de las calzas, que acaso de color encarnado llevaba, y ella la tomó y le dijo que mirase los tocados de todas y veria su cinta hecha una rosa en la cabeza; y con esto se salió él, y ella se fué á su cámara

algo suspensa, aunque ya determinada á declararse, porque estaba confiada que pues que hasta allí á naide habia dicho de sus amores, menos lo diria de allí adelante; él salió tambien regocijadísimo, pareciéndole que presto sabría su negocio que tantos días habia deseado, y así de ahí á su posada dando cuenta á su amigo, fueron tratando del negocio, siempre imaginando si era una señora de título viuda y moza, porque doncella ya él sabia que no lo era, y á lo que Juan Rodriguez dijo en el tacto y en el cuerpo ninguna le parecia que ansina lo pudiese ser; y con este deseo pasaron hasta el propio día de San Pedro, que aunque no tardó mas que ocho días, les parecieron á ellos largo tiempo, en el cual, siendo ya la hora que el rey y la reina habian de salir, Juan Rodriguez y su amigo estaban á la puerta de un corredor hablando, y los ojos atentos á las damas, y así fue pasando el rey y la reina, la cual sobre la frente, en un tocado que de muchas perlas llevaba, iba la cinta encarnada hecha una muy prima y hermosa lazada; iba ya pasando dellos, porque como el pensamiento lo tenían sólo en las damas, en ellas ocupaban la vista; pero el amigo de Juan

Rodriguez alzó los ojos, y vió la cinta en la frente de la reina, y dijo:—Juan Rodriguez!

«La reina, tan turbada del nuevo y no pensado caso, que ella lo entendió como iba con cuidado, y aun todos lo entendieran si tuvieran alguna lumbre del caso, ella pasó á su asiento sin mirar á ninguno dellos, y ellos se fueron á aderezar, que habian de salir al torneo, en el cual quiso salir Juan Rodriguez, manifestando su contento, y así salió los padrinos y pages y atambor y aderezos de su persona de brocado carmesí descubierto, y en el torneo, puesto que él era siempre de los que mejor parecian en tales ejercicios, y á quien mas premios se daban, anduvo tal y tan aventajado de todos aquel día, que dió contento hasta al mismo rey; acabado el torneo, vino como es uso al sarao, en el cual la reina jamás tuvo alegre semblante; de lo cual fueron él y su amigo tratando, yéndose á su casa despues de acabado el sarao, pareciéndoles que le debia de pesar por haberse descubierto, y así aderezaron como solian, y á las dos él hizo la seña á la puerta, la cual como siempre fue luego abierta, y aun no estaba bien dentro cuando la voz que le ha-

blaba, y él bien conocia, le dijo la reina:—Hasta aquí, Juan Rodríguez,—mostrando con el tono, no aquella blandura que solia; él se hincó de rodillas y queriéndole pedir las manos, ella le atajó y le dijo:—porque ni aun de oír mis palabras sois merecedor; aunque por mi voluntad hayais merecido tanto, os mando que luego os levanteis y salgais de aquí; y luego por la mañana os adereceis y partais de la corte, sin que á ella volvais, y como reina os juro que por vuestra falsedad de haberme descubierto á ese vuestro amigo, lo menos que mereceis es la muerte, pero quiéroos dejar la vida para que con ella sintais el daño que por no hacer lo que os mandado, y como caballero érades obligado, os ha venido, y no hagais otra cosa, porque la razon de mi ira os castigará notablemente, y querría ántes esos cabellos que míos teneis y tirad esa puerta atrás.—Y diciendo esto, huyó por la escalera, sin más oírle una palabra.

«Quedó el penado caballero tal como puede imaginar el que ha recibido algun pequeño disfabor, queriendo como se ha de querer; estuvo allí casi dos horas tan suspenso, que no sabia desí qué hacer; y al fin, viendo que la reina ni otra persona ninguna volvía y la mañana se acercaba, salió á su amigo,

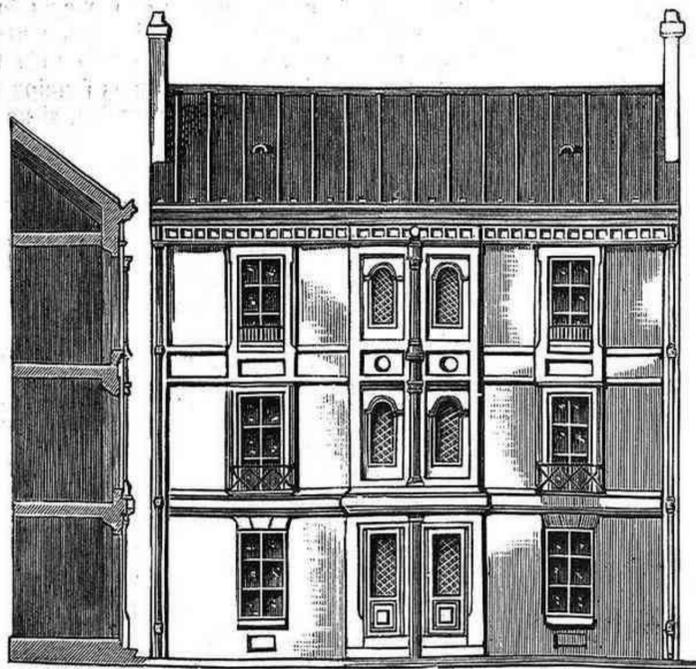
el cual le estaba esperando con todo el regocijo del mundo, pues por los amores esperaba hacer todo lo que deseaba; al cual llegó tan mortal que aun hablar no le pudo, porque aunque ántes el amor no debía ser

to y así le aguardó mucha gente hasta la hora que vino con una vigüela en las manos, y habiendo primero mandado encender el fuego puesto como una pirámide harto alta, arrojó dentro las joyas y monedas

en estremo, la cantidad de la cosa amada le debió de poner en él, y luego el verse privado de tal gloria debió subir al mayor de los extremos, y así arrancando muchos suspiros, y dándose á sí la culpa por no haber dicho desde la primera hora á su dama cómo habia mostrado la carta á su amigo, al cual contó lo que habia pasado, y no osando esceder el mandato que le habia puesto, y su amigo, no queriendo quedar en la corte, fueron de parecer, pasado aquel dia, que se fuesen á Italia ó Francia y gastasen algun tiempo por allá, que como él cura las cosas y consume las de mas perpetuidad gastaría la cólera de una mujer, y así acordaron tambien cumplir el quemar lo que tenia suyo, porque su ira mas libremente se aplacase con su obediencia; y otra noche siguiente hizo traer cantidad de leña al terrero, con no poca admiracion de las damas y galanes que lo miraban, porque sabiendo que era por orden de Juan Rodríguez, imaginaban que era algun admirable donaire ó cosa de algun fundamen-



ABDUL-AZIZ, SULTAN DE LOS TURCOS.



SECCION DE COSTADO Y ELEVACION DE UNA CASA MODELO, DEL EMPERADOR NAPOLEON.



ELEVACION DE UNA DE LAS CASAS PARA LOS OBREROS DE PARIS.

de oro, luego se hincó de rodillas, y con un semblante tristísimo, sin mirar á ninguno de los que le miraban, se quitó los botones del jubon, y de junto al pecho debajo de la camisa, sacó un relicario,

que con una cadena traía al cuello, y del unos cabellos, que eran los que su dama le habia dado, y teniéndolos un poco en las manos, que todos viesan lo que era, los echó al fuego con los mayores so-

llozos y lágrimas que escribirse puede, y con ellos se levantó tomando la vigüela, y con el extremo que él tenia en tañer y cantar, cantó esta copla:

Ardan mis tristes memoranzas
como yo ardo por ellas,
pues perdí las esperanzas
piérdase el placer con ellas.

Porque no vayan con quien
parte sólo, triste y tal
memoria de ningún bien
en tiempo de tanto mal.

«Y acabada de cantar la copla, dió con la vigüela
en el fuego, y dijo en alta voz que todos lo oyeron:

Mejor fuera
que el cuerpo así feneciera.

«Y volviendo las espaldas, se fué á su posada, donde ya su amigo, aderezado para la partida, lo aguardaba, y llegado le dijo:—Parlamos, no llegue la luz al que de ella no es digno.—El amigo, movido de lástima dél como vólese así, habiéndole lástima mas que de sí propio, le dijo:—Pues la pena, señor Juan Rodríguez, os tiene tan afligido, que os fuerza á vuestro buen entendimiento para considerar que no puede ser tan dificultoso el volver á la gracia de vuestra dama, como fue el disponerse ella á hacer lo que hizo y mas en quererse manifestar, por lo que á vuestro servicio y amistad debo, aunque entiendo que es avivar el dolor, no puedo dejaros de decir mi parecer, y es que antes que partiéremos le escribiéredes una carta, que si el amor no se ha vuelto enteramente en odio, como en ellas es natural, bastará la enmienda de lo que esta noche os vió hacer para ablandar no solo un pecho de diamante, mas provocar á clemencia una figura que fuese toda hecha dél, y esta noche escribidla vos, que yo iré en la mañana y se la daré como memorial, que bien sabeis entenderá cuya es, y lo que aquí se arriesga no es tan de pérdida que no sea en comparación innumerable la ganancia, pues será posible que la reciba y os mande volver á su servicio: y cuando tenga la fiereza de tigre, solo se aventura mi vida, la cual llevará juntamente el castigo que mi descuido merece. El le porfió que no se pusiese en aquello, porque sabia que la reina era tan severa que habia de ser de poco fruto su idea, mas al fin, no pudiendo con él acabar otra cosa, tomó tinta y papel y le escribió esta carta, cuyo fin es aquella copla tan celebrada (la de la cántiga de cuando se fué á meter fraile) que dice:

Desgradecida, cruel,
donde ingratitude está,
oye las quejas de aquel
que nunca mas te verá
ni tú verás mas á él!

Puesto que determinado
tenia de que hablarte,
no sufre mi fé y cuidado
que no haya de avisarte
cuán mal galardón me has dado.

Hasta en las bravas serpientes
hay algún conocimiento,
mas en tí ninguno siento,
pues quieres males presentes
por causarme á mi tormento.

Yo bien sé que no te duele
mi ausencia ni mi dolor,
mas tú pierdes tu valor,
porque aun de los bajos suele
sacar grandezas amor.

De nada me levantaste
y tu ser me engrandeció,
¿para qué me condenaste?
porque si el cuerpo pecó
el alma no es justo laste.

Y á un cuerpo glorificado
como el mio....
caer de tan alto estado
culpa es de quien lo ha causado,
mas no culpa de mi fé.

Serás de muchos querida
y de todos deseada,
y aunque seas obedecida
podrás ser mejor servida
pero no tan bien amada.

Vive leda si podrás,
y no penes atendiendo
que según peno partiendo,
ya no esperes que jamás
te verá ni me verá.

«Y escrito esto, se partió á esperar á su amigo seis leguas de la corte, el cual se quedó en la posada, y á la hora que la reina fué á misa, entre los que con memoriales la aguardaban con la rodilla en el suelo, la puso el papel en la mano, la cual, conociendo el que se lo daba, dijo:—Ya está eso proveído.—Con voz alterada y el rostro sañudo con esta respuesta, se fué donde Juan Rodríguez la esperaba, al cual no se le hizo nuevo porque no la esperaba mejor, y de allí se fueron la vuelta de Francia, y Juan Rodríguez tan triste que ninguna cosa era parte de ver que su amigo le decía para que desechase el penoso pensamiento que le atormentaba, y de esta manera fueron hasta

París, donde á la sazón estaba la corte; con los entretenimientos de la cual y la ausencia, fue poco á poco desechando los pesares y entrando en regocijo con los caballeros cortesanos, de los cuales era muy amado y de las damas tan favorecido, que se iban resfriando con los nuevos los viejos y amorosos cuidados, principalmente que la reina, que muy moza y hermosa era, comenzó á poner los ojos en él y favorecerle, de manera que los amores vinieron á ser entendidos, pasando en ellos cosas notables, de manera que vino á estar preñada y sentirse, por la ausencia que el rey tenia de la corte en las guerras, y á él fue forzoso el salirse della donde ántes de llegar á Calés, iba la vuelta de Inglaterra, fue muerto por unos caballeros franceses; y por esto dice Garci Sanchez de Badajoz, sobre la segunda copla de los penados en su *Infierno*, donde le da el primer lugar de buen amador:

Amor ¿por qué me persigues?
¿no basta ser desterrado?
¿aun al alcance me sigues?»

Esta relación tiene todas las apariencias de novela, fundándose á nuestro parecer, en que sabiéndose que este poeta habia pasado una buena parte de su vida en la corte de Castilla entregado á devaneos amorosos, é ignorándose cuáles ni cuál era la causa de estos amores, algún escritor del siglo XVI, supuso que habia sido nada menos que la reina de Castilla, y lo dejó así consignado en un escrito que no llegó á darse á la prensa, quedando la noticia enteramente desacreditada, tanto por carecer de fundamento, como porque se hallaba en oposicion con lo que se sabia de la esposa de Enrique IV. Pero hay otra poesía bastante conocida, y que pudiera muy bien venir en apoyo de esta opinion. Muy mutilada habia visto ya la luz pública en el *Cancionero General* de Valencia, impreso por Castillo en 1511, y en la *Floresta de rimas castellanas* del señor Bohl de Faber; Hamburg, 1821, y por último en el *Romancero y Cancionero sagrados*, de la *Biblioteca de Autores españoles* del editor don Manuel Rivadeneira, sin que el nuevo colector haya hecho las adiciones con que se encuentra esta composicion en el periódico literario titulado: *El bibliotecario y Trovador español, coleccion de documentos interesantes sobre nuestra historia nacional, y de poesías inéditas de nuestros poetas antiguos y modernos, acompañada de artículos de costumbres españolas*, escritos por don Basilio Sebastian Castellanos, anticuario de la Biblioteca Nacional; Madrid, 1841. El director de este periódico dió íntegra la poesía á que nos referimos, tomándola de un manuscrito de la Biblioteca Nacional, aunque todos sus antecesores y sucesores sólo han publicado las tres primeras estrofas. Es la siguiente:

Fuego del divino rayo,
dulce llama sin ardor,
esfuerzo contra el desmayo,
consuelo contra el dolor,
alumbra á tu servidor.

La falsa gloria del mundo
é vana prosperidad
contemplé;
Con pensamiento profundo
el centro de su maldad
penetré.

El canto de la sirena
oya quien es sabidor,
la cual temiendo la pena
de la fortuna mayor,
plañé en el tiempo mejor.

Así yo preso de espanto,
que la divina virtud
ofendí;

Comienso mi triste llanto
faser en mi juventud
desde aquí.

Los desiertos penetrando
do con esquivo clamor,
pueda mis culpas llorando
despedirme sin temor
del falso plaser et honor.

FIN.

Adios, real esplendor,
que yo serví et loé
con lealtad;
Adios, que todo el favor
é cuanto de amor hablé
es vanidad.

Adios, los que bien amé,
adios, mundo engañador,
adios, donas que ensalce,
fermosas, dignas de loor,
orad por mí, pecador.

La palabra *real esplendor*, que emplea el poeta en esta especie de despedida, pudiera muy bien dar origen á la suposicion de sus amores con la reina; pero es una alusion tan lejana que no vale la pena de detenerse en ella.

(Se continuará.)

JOSÉ S. BIEDMA.

ANTITESIS.

Lo que vais á leer no es un cuento ni una historia. Es tan solo una charada de difícil solución, que no he logrado descifrar, y que voy á proponer á vuestro ingenio, rogándoos que si adivinais el enigma, me lo espliqueis, pues confieso francamente que me hallo, como suele decirse, *in albis*.

El hombre ama la libertad, si señor; pero es lo cierto que hasta en las cosas mas insignificantes parece complacerse en renunciar á aquella facultad tan preciosa y sublime. Para no citar mas que un ejemplo de entre los mil que pudieran traerse á colación, nadie negará que todo individuo que posee el dinero necesario para ello, puede ir ó dejar de ir al teatro cuando le conviene, es decir, que tiene la libertad de escoger la ópera ó la comedia que mas le agrade, ó cuyo título le parezca mas llamativo, y de elegir el día que mas le plazca para ir al teatro. Pues bien: ese individuo, á poco que pertenezca á la sociedad *comme il faut*, se despepitará por renunciar á esa libertad omnimoda, pondrá pies en pared por *abonarse*, esto es, por someterse al despotismo autocrático de un empresario, que el día que tenga buen humor, le dará una ópera ó un drama en que muera hasta el apuntador, y se complacerá en regalarle el Barbero de Sevilla ó alguna comedia de Breton, cuando le duelan las muelas ó maldita la gana que tenga de reir. Y la noche, que uno pasaria de mejor gana al lado de la chimenea con un libro ó un amigo, de fiyo el tocar el turno le hará vestirse y asistir de mala gana á la función, mientras de seguro tendrá que discurrir en qué ha de pasar la noche, que mas deseos tuviese de ir al teatro.

Pues bien: por seguir la corriente, por no ser menos, por esas mil razones sin sombra de razon, habia yo abdicado como los demás mi libertad, me habia abonado. Circunstancia atenuante de tal falta, puede ser el que mi abono era en el teatro Real. Puede pasar el oír un número excesivo de veces una ópera, pues la música tanto mas placer nos causa cuanto mas la conocemos, cuanto mejor hemos estudiado sus menores detalles; pero oír una comedia ó un drama, y no se diga nada de una zarzuela, diez ó doce veces seguidas, es un martirio sin nombre.

A mi lado se hallaba abonado un caballero como de cuarenta años, alto, enjuto, de pelo algo canoso, con los ojos grises y la mirada sin espresion. Iba siempre vestido con suma elegancia, luciendo brillantes de precio en la botonadura y en la cadena del reloj, y demostrando en el corte de su frac, que le vestia uno de esos contados sastres, que realmente merecen el nombre de artistas, que todos ellos suelen apropiarse con la mayor modestia.

Nunca me dirigió la palabra en las treinta y tantas funciones que estuvimos juntos: al entrar me inclinaba la cabeza, y al salir me hacia otro saludo silencioso.

No habia ciertamente ni en su figura ni en su silencio nada que pudiera llamar la atención: su figura, si no simpática, no era ridícula, y todo el mundo no está obligado á tener un carácter expansivo y alegre.

En cuanto se quitaba el abrigo y tomaba asiento en su butaca, sacaba unos preciosos gemelos de marfil, los limpiaba cuidadosamente, y los tenia preparados para mirar la concurrencia; sólo que nunca llegaba el momento oportuno para ello, y cuando la función iba á terminar, guardaba cuidadosamente los anteojos, sin haber mirado con ellos en toda la noche. Y lo mismo en las treinta y tantas funciones.

¿Para qué llevaba los gemelos, si no habia de hacer uso de ellos? ¿Por qué no hacia uso de ellos, puesto que los llevaba?—¡Misterio! diremos, como los novelistas de á medio real la entrega.

Noté á las pocas funciones de abono, que mientras duraba la representación, mi vecino no cesaba un momento de tararear, pero tan por lo bajo que apenas se le oía. Fijé mas mi atención y no fue pequeño mi asombro al adquirir la certeza de que, siempre que la ópera presentaba un motivo alegre, cantaba él por lo bajo un *de profundis* ó un tema lleno de desesperacion, y que por el contrario, cuando se hacia por ejemplo el desgarrador final de Norma, le faltaba tiempo á mi vecino para tararear el *Bona sera mio signore* ó el *Madamina il catalogo e questo delle belle ché amo il padron mio*. Escuso decir que esta contradicción duró toda la temporada. Al principio me era indiferente el percibir aquel confuso y apenas perceptible mosconeo; pero luego se me hizo insostenible el oír todo motivo alegre con un acompañamiento fúnebre, y viceversa.

Lo raro del caso es que aquel hombre, que tan poco se cuidaba de la música que se ejecutaba, no tomaba interés alguno por la concurrencia, pues ni con gemelos, como he dicho, ni sin ellos, jamás miraba á los palcos ni á la platea, permaneciendo constantemente con la cabeza inclinada sobre el pecho. Nunca le ví cambiar un saludo con persona alguna, ni encontré quien me pudiera decir quién era ni cómo se llamaba. Así es que entre algunos amigos le cono-

cíamos con un nombre, que creo le convenia perfectamente: le llamábamos *Antitesis*.

Una tarde al entrar yo en el Suizo, llegaba tambien mi hombre. La curiosidad me hizo sentarme en la mesa al lado de la suya: cambiamos la consabida inclinacion de cabeza, hizo *Antitesis* una seña al mozo, y no tardó éste en llegar con una copa llena de anisado y un vaso de agua.

Me puse á observar con disimulo á mi vecino de abono, me indicó con un gesto si gustaba, tocó con los labios el líquido de la copa, hizo un gesto de desagrado como si encontrara muy fuerte el licor, y sin duda para quitarse el gusto, cogió el vaso yapuró de un sorbo el contenido. En seguida llamó al mozo con una palmada, pagó, me hizo una segunda inclinacion de cabeza y se fué.

Pregunté al mozo si conocia á tan callado personaje, y me respondió, sin hacerse de rogar, que aun no habia oído el metal de su voz, á pesar de que iba todas las tardes al café. Traté de averiguar si tomaba siempre lo mismo, contestóme que sí; repliqué que no era nada barato el pagar 2 reales por un vaso de agua, puesto que no tomaba el anisado, y á esto se echó el mozo á reir. Cuando se le hubo pasado aquel acceso de hilaridad, quise saber la causa que lo habia producido, y mi sorpresa fue estremada al saber que el vaso se hallaba lleno de anisado, mientras la copa sólo contenia agua pura. Asi es que el mozo me hizo notar que no eran 2 reales, sino muchos mas, los que satisfacía todas las tardes aquel misterioso parroquiano.

No fue ésta la única vez que le encontré. En pocos dias tuve la desgracia de perder no hace mucho, á varios amigos y conocidos, y al conducirlos á la última morada siempre ví á mi hombre entre los convidados al entierro, y en vez de la cara lacia y abatida que solia tener, iba entonces con rostro alegre, risueño y animado. Hasta recuerdo que un dia que fuimos en el mismo coche al cementerio, era tal su buen humor que al lamentarnos de la desgracia del pobre amigo, cuyo cadáver acompañábamos, se puso á reir de la mejor gana, como si hubiéramos dicho el chiste mas oportuno ó la gracia mas intencionada del mundo.

¿Quién era ese personaje tan extraño y misterioso? ¿Qué causa le obligaba á tener una conducta tan rara é inesplicable?

Es indecible lo que me afané por resolver aquel logogrifo viviente, aquel enigma de carne y hueso; todo en vano: nadie le conocia, á todos habia chocado su manera de proceder; pero ninguno sabia quién era, ni habia quien comprendiese su conducta.

No hace mucho tiempo, en una espedicion que hice á Leganés, visité el manicomio establecido en dicha poblacion, y una de las primeras personas que tropecé en el establecimiento, fue á *Antitesis*. No fue pequeño mi asombro al verle, pero fue mucho mayor el que me produjo el cambio que observaba en él. En cuanto me vió, me alargó afectuosamente la mano, se informó de mi salud, recordó los buenos ratos que habíamos pasado juntos en el teatro Real, me habló de las óperas que se habian ejecutado en aquella temporada, haciendo observaciones muy atinadas y razonables sobre los diferentes géneros y estilos de música; me preguntó cómo se encontraba el Real entonces de compañía, qué *spartitos* se cantaban, y terminó cogiéndome afablemente del brazo y sirviéndome de *cicerone* en la visita al manicomio.

—Habrá usted notado, me dijo, un extraño cambio en mí, ¿no es cierto? Pues bien, voy esplicarle á usted esa metamorfosis en mi carácter. Cuando me encuentro en el mundo de los cuerdo, según ellos se llaman á sí mismos, no sé qué extraño embotamiento se apodera de mi alma; ignoro por qué hago cosas que llaman la atencion de los demás, mi genio se vuelve concentrado, silencioso hasta el mutismo, misántropo, egóista, y para decirlo de una vez, siento que mi razon vacila y se oscurece. Pero aquí, en esta atmósfera de extravío y delirio, mi alma se encuentra en su centro, mi razon se afirma, mi carácter vuelve á ser expansivo y abierto, y mis acciones y palabras son completamente cuerdas y razonables.

La llegada del director del establecimiento dió fin al discurso de *Antitesis*. Buenas ganas se me pasaron de preguntar al director quién era éste, y si se hallaba loco, como habia sospechado, á pesar de que me habia hablado lo mas razonablemente del mundo; pero como quiera que nos fué acompañando y no me dejó hasta que sali del manicomio, tuve que quedarme con la curiosidad.

No he vuelto á ver á tan extraordinario personaje, ni he logrado poner en claro su cordura ó su demencia; pero el recuerdo del pobre *Antitesis* no se aparta un punto de mi memoria, y no he querido dejar de presentaros un tipo tan extraño y nunca visto.

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

EN EL CALVARIO.

¡Allí está!... Madre afligida
solloza viendo en la Cruz

al que es la luz de la luz
y la vida de la vida.

¡Allí está!... Dios con delirio
adoró su alma inocente,
y el hombre puso en su frente
la corona del martirio.

Era rosa perfumada
de las mañanas de abril,
era azucena gentil
que despierta en la alborada.

Viéndola de su Hijo en pos
las rocas del monte gimen,
mientras se desploma el crimen
sobre la frente de Dios.

Y la inocente María
esclama, de angustia llena:
—«Ved, los que sufrís, si hay pena
que iguale á la pena mia.»

¡Ay!... lo infinito, señora,
sólo cabe en lo infinito;
¡ay!... nadie comprende el grito
del dolor que te devora.

Sufre sin pedir consuelo
en tu terrible ansiedad;
¿qué puede la humanidad
cuando te abandona el cielo?...

Si perdido se levanta
el eco de tus querellas,
recuerda que las estrellas
son alfombra de tu planta.

Si tu quebranto profundo
mira el hombre con desprecio,
recuerda tú que es el precio
de la redención del mundo.

Y en tu Hijo crucificado
al tener los ojos fijos,
piensa que todos tus hijos
desde hoy están á tu lado.

Asi, menos afligida,
verás, señora, en la Cruz,
al que es la luz de la luz
y la vida de la vida.

PEDRO MARÍA BARRERA.

LA CAZA DEL CAIMAN

EN EL NUEVO MUNDO.

I.

En el mes de octubre del año de 1859, hallándome de paso por la ciudad de Guayaquil, situada en las márgenes del rio Guayas, fui con mis compañeros de viaje á visitar á X..., comerciante español acaudalado á quien por su larga permanencia en aquella poblacion le consideraban todos como ecuatoriano.

X... nos recibió con la franqueza propia del carácter de nuestra patria, invitándonos á tomar el té la noche misma del dia en que fuimos á verle.

Esta costumbre, importada de Inglaterra, es muy general en aquellos países, donde la han corregido y aumentado (como se diria de una nueva edicion de cualquier obra) sirviendo á los convidados, además del té, café, chocolate, dulces, *sandwich*, *mate*, frutas y dulces del país, con una profusion extraordinaria.

Fuimos efectivamente aquella noche á casa de nuestro amigo, y encontramos lo mas escogido de la sociedad de Guayaquil, deseosa de conocer á los *godos*, como nos llaman á los españoles en casi toda América:

Pasamos el rato agradablemente, hablándose, como era natural, de nuestra querida España, y de la riqueza y hermosura del país donde estábamos.

Giró la conversacion sobre este punto, y uno de nosotros dijo á nuestro amable anfitrión que lo que mas deseaba era ver los caimanes en el rio donde abundan mucho.

—Si no es otro el deseo de ustedes, contestó nuestro huésped, fácilmente puedo satisfacerlo. Ustedes van á permanecer dos dias aquí, y podemos pasarlos en la casa de campo que tengo á orillas del rio, y á dos leguas escasas de la poblacion. Allí verán ustedes los caimanes, y aun podremos cazar algunos.

—¡Que me place! dijo el que habia manifestado un deseo que era comun á todos nosotros; y despues de charlar un rato, y haciéndose ya tarde, convinimos en volver al dia siguiente por la mañana temprano para llevar á cabo nuestro proyecto, despidiéndonos de la reunion que tan amable se habia mostrado con nosotros.

II.

El *caiman*, llamado tambien lagarto (género *alligator* de la familia de los cocodrilos) es un reptil de los mas temibles que viven en los rios de América.

Los hay que tienen hasta 12 y mas pies de longitud, con el dorso cubierto de durisimas escamas óseas; la cola muy larga y comprimida, terminada en la parte superior en cresta; los dedos palmeados; la boca ar-

mada de dientes muy fuertes y cónicos; la lengua gruesa y carnosa.

Nadan con una facilidad prodigiosa, y corren tambien con bastante ligereza; pero en tierra no son tan temibles como dentro del agua, porque no pueden volverse sin describir un arco con todo el cuerpo; de modo que cambiando de direccion en la carrera, la persona perseguida puede burlar los ataques del terrible animal.

En el agua es donde debe temérseles, sobre todo á los que han comido alguna vez carne humana, á la que se muestran desde entonces aficionadísimos.

Como son muy astutos, asi que ven una lancha con algunas personas, se sumergen y van á aparecer exactamente en el punto donde calculan que se encuentra, echándola á pique, y cebándose en los que la tripulan.

Una vez cogida su presa, no la dejan de modo alguno, haciéndola desaparecer debajo del agua para ahogarla y poderla comer á su sabor.

Los indios de América suelen llevar unos palos cortos, aguzados en punta por ambos extremos, que procuran introducir en la boca de estos feroces animales, de tal modo que al cerrarla, se les claven en la parte superior é inferior, y queden sin poderla mover; siéndoles imposible apoderarse del que así se defiende de ellos.

Dicen los indios que el único modo de hacerles soltar su presa, es introducirles los dedos en los ojos; pero algunos, no obstante el vivísimo dolor que deben haber sufrido, no han dejado al infeliz que tenían entre los dientes.

A pesar de lo temibles que son estos animales, tienen un enemigo, que no por ser muy pequeño deja de causarles gran molestia. Es una especie de hormiga que se les introduce en la boca, y les incomoda muchísimo con sus picaduras.

Tienen, sin embargo, quien los libre de ellas, y son unas aves bastante pequeñas que se comen á las hormigas.

El *caiman* abre la boca, y deja á las indicadas aves hacer su operacion, saliendo ilesas, en agradecimiento, sin duda, al servicio que les han prestado.

Teniase antiguamente por cierto, y aun hay quien lo asegura, que los cocodrilos imitan, sobre todo de noche, el llanto y los quejidos de un niño, y que se valen de este ardid para atraer á alguna persona, cuya proximidad al sitio donde están, llegan á conocer; pero tal creencia no pasa de ser una fábula que carece de verdad por completo.

Los indios de América dicen que es sabrosísima la carne del *caiman*; y es para ellos un delicioso banquete aquel en que este manjar figura; así como los huevecillos que pone la hembra, preferibles en su concepto, á los de gallina.

III.

Volviendo á mi narracion, interrumpida para dar á mis lectores una idea del *caiman*, héroe de esta verídica narracion, diré que cumplimos á X... nuestra promesa, yendo al dia siguiente á su casa en traje de campo, con nuestros correspondientes *ponchos* y sendos *jipi-japas*, á los cuales habíamos puesto un velo para librarnos de las picaduras de los mosquitos, que hay en inmensa cantidad en el Guayas.

Ya teníamos preparados los caballos, encajados al uso del país con magníficas monturas enchapadas de plata, haciendo caprichosas labores, y estribos del mismo metal, muy semejantes en la forma á los que usan los árabes y á los que en España se conocen con el nombre de *vagueros*.

Salimos de la poblacion, despues de tomar el indispensable té de mañana, y comenzamos á caminar muy cerca de las orillas del rio.

Es un espectáculo grandioso para el europeo, acostumbrado al aspecto del campo en esta parte del mundo, contemplar aquellos árboles gigantes que elevan sus ramas cubiertas eternamente de verde follaje á una altura extraordinaria.

A uno y otro lado del camino se ven las llanuras ó *pampas*, cubiertas de yerba, tan crecida, que en algunos parajes cubre al ganado caballar y vacuno que en ellas vive errante.

El anchuroso rio, que descubrimos algunas veces, daba con sus tranquilas aguas un hermosísimo aspecto á este paisaje, y allá en lontananza la altísima cumbre del *Chimborazo*, con sus nieves perpétuas casi debajo de la Equinocial, le engrandecia extraordinariamente.

Para completar tan magnífico panorama, figúrense mis lectores un cielo puro bordado de blancas y rosadas nubecillas, en el cual comenzaban á aparecer los rayos del sol naciente, dorando las cimas de los Andes y mostrando en toda su grandeza é infinita variedad, la poderosa vegetacion de los trópicos.

¡Qué hermosos son los bosques de *plátanos* con sus grandes y verdes hojas, los *sicomoros*, los *chirimoyos*, embalsamando el ambiente con el suavísimo y delicioso aroma de sus flores! Y en medio de estos árboles, las sabrosas *piñas*, las *reinas de las flores*, y muchas otras especies de *cactus*, que contribuyen á

LOS ELEGANTES POBRES.



EPISODIOS DE VERANO.

—¿Está la señora en casa?
(La señora al paño).—Si es Arturo, di que nó,
que hemos salido á Biarritz
y de allí á la Esposicion.

recrear la vista, escitada con tan esplendente escena!
Iba yo embebido en la contemplacion de tanta belleza, cuando me avisaron que habíamos llegado á la quinta de nuestro amigo.

Echamos pie á tierra, entramos en la casa, y mientras se nos servia un succulento almuerzo, algunos de los criados de X... hicieron los preparativos para la caza.

IV.

Estos preparativos consistian en dos lanchas; una para los indios que habian de cazar los caimanes, y otra para nosotros, que presenciariamos la caza á cierta distancia. Los indios iban provistos de palos largos terminados en unos hierros puntiagudos.

Salimos de la casa y nos trasladamos á la orilla del rio, desde donde saltamos á nuestra lancha.

La tripulacion de la que iba á proporcionarnos un espectáculo tan nuevo para nosotros, la componian dos indios remeros, un timonel y el patron encargado de la disposicion de la escuadrilla.

Llevaba éste, llamado Goyo, (contraccion de Gregorio, usada en América), algunos trozos de carne que habian de servir de cebo á los caimanes, y uno de los palos con hierro, de que he hablado anteriormente.

Tan luego como estuvimos en medio del rio, y colocadas las lanchas á diez brazas próximamente una de otra, arrojó Goyo al agua el trozo de carne.

A poco rato volvió á echar otro, y ya vimos en el sitio donde habia caido, dos caimanes que se precipitaron sobre la presa.

—Señor, ¡ya tenemos aqui á los animalitos! gritó Goyo desde su barca; é inmediatamente puso otro pedazo de carne en la punta del palo que tenia en la mano, y lo acercó al agua.

Entonces fue cuando apareció uno de los caimanes y dió un salto para apoderarse del manjar que se le ofrecia.

Pero Goyo gritó á los remeros:

—¡Cia, muchachos, cia!...

Y la barquilla comenzó á moverse hácia atrás.

El caiman, escitado ya su apetito, trataba de alcanzar la lancha, que á las voces de Goyo:—«¡Vira á babor! ¡Vira á estribor!»—se movia de un lado á otro con una velocidad extraordinaria.

En este momento apareció otro caiman, y ambos coguan los rápidos movimientos del palo, sin lograr seger el trozo de carne.

La misma ligereza que muestran los lidiadores en nuestras plazas de toros para librarse de una cogida, mostraban Goyo y el botecillo en sus movimientos.

Nosotros estábamos contemplando con una curiosidad que no carecia de cierto temor (porque la proximidad de los caimanes no tiene nada de agradable) las maniobras de la pequeña embarcacion.

Cansados los terribles animales de perseguir la carne, é irritados además al ver que no podian cogerla, trataron de apoderarse del patron ó de alguno de los otros tripulantes; y entonces fue cuando se mostró mas aun que antes la agilidad y destreza de los indios al burlar los ataques de los caimanes.

La lancha avanzaba, retrocedia, viraba á uno y otro lado, todo á la voz del patron, que con la sonrisa en los labios, no perdia un movimiento siquiera de sus enemigos, y evitaba sus saltos con una maestría sorprendente.

Al fin, rendidos ya unos y otros de la lucha que estaban sosteniendo, quedaron un instante parados mirándose frente á frente.

Durante esta tregua nos gritó Goyo:

—¡Señor, vamos á ver si cogemos uno!

Y bajó el palo con la carne de tal modo, que pudiera cogerlo uno de los caimanes.

Con efecto, el animal abrió su enorme boca y se avalanzó al palo, tragando además de la carne, el hierro que habia de causarle la muerte.

Fueron tales los movimientos del caiman en este momento, que mis compañeros y yo creimos que iba á hacer zozobrar la barca; nos levantamos al mismo tiempo como movidos por un resorte, y gritamos:

—¡Cuidado, Goyo, cuidado!

Este, sin perder su calma, ni la eterna sonrisa entre burlona y triste que le caracterizaba, pero sin apartar tampoco la vista del caiman, ni dejar el palo, que tenian él y uno de los remeros cogido con ambas manos, nos contestó:

—¡No hay cuidado, mis amos!

X... tambien contribuyó á tranquilizarnos, asegurándonos que á poco rato todo habria concluido.

Así fue efectivamente; y nos acercamos á la lancha de Goyo para contemplar de cerca al ya moribundo y feroz caiman.

Nos le llevamos á remolque á la orilla, y entre los indios le sacaron á tierra; y cargándole en una bestia, le trasladamos á la inmediata casa de campo.

Por el camino hicimos grandes elogios á Goyo de

su habilidad y valor para cazar caimanes, y él contestaba:

—¡Eso no vale nada, mis amos, eso no vale nada!

Aquella tarde hizo X... preparar unos anzuelos grandes de hierro, sujetos á cadenas tambien de hierro, cebándolos con trozos de carne, y los pusimos á orillas del rio, en distinto sitio á aquel en que habíamos estado por la mañana.

Pasamos la noche en la casa, y al dia siguiente fuimos á ver el resultado de nuestra obra de la tarde anterior; y encontramos dos caimanes muertos ya, que se conocia habian hecho grandes esfuerzos por desprenderse de los anzuelos.

Cogimoslos, y juntamente con el que habia cazado Goyo, nos los llevamos á Guayaquil, donde entramos en triunfo con nuestra caza.

V.

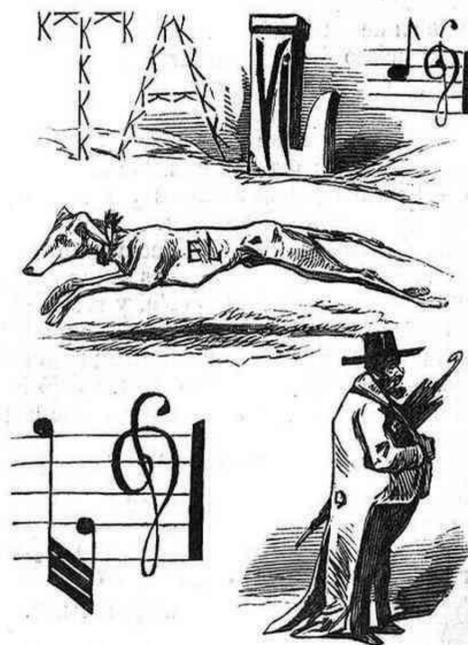
Habíamos pensado antes de dejar la república ecuatoriana, hacer un viaje á Quito, su capital, y subir al Chimborazo, pero no pudimos por entonces satisfacer nuestros deseos por la dificultad que al tránsito ofrecia á la sazón el camino; así, que dejamos para otra ocasion mas propicia la excursion proyectada.

Al anochecer del dia en que volvimos á Guayaquil con los caimanes, nos embarcamos en el

vapor de la compañía inglesa que hace la travesía entre Valparaiso y Panamá, y salimos con direccion á este último punto, despidiéndonos de la ciudad famosa en todo el mundo por sus ricos cacao; cuyo comercio, alimentado por todas las naciones civilizadas del mundo, lo es mas que por ninguna, por nuestra España, que envia allí un sinnúmero de buques mercantes de todos tamaños, procedentes en su mayor parte de la costa cantábrica, á traernos la primera y principal materia con que se fabrica el rico chocolate, en cambio de pasas, vinos y demás productos de la agricultura é industria españolas.

ANGEL AVILÉS.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.